

Liberalismo y socialismo.

*Cultura y pensamiento político
del exilio español de 1939.*

ANTOLÍN SÁNCHEZ CUERVO (ED.)

Madrid, CSIC, 2017.



Fruto del proyecto de investigación *El pensamiento del exilio español de 1939 y la construcción de una racionalidad política* (FFI2012-30822) nos llega esta compilación de textos de la mano de Antolín Sánchez Cuervo. El propósito nos lo explica este último en una introducción, perfectamente coherente con lo que el lector se va a encontrar; objetivo no sencillo de alcanzar, como sabrá quien se haya encontrado alguna vez ante el desafío de la coordinación. En este caso, la invitación del compilador se dirigía a recuperar las reflexiones que algunos pensadores españoles en el exilio realizaran respecto a sus ideales políticos, liberales o socialistas, que confluyeron en la causa republicana. Ideales con un significado histórico cambiante, se nos recuerda, que urgen a ser revisados por quienes padecieron la guerra en sus propias carnes y temen que puedan ser invocados nuevamente para tratar de justificar la violencia política.

Las reflexiones del pensamiento exiliado se insertan aquí en un contexto de crisis civilizatoria, de revisión del proyecto moderno y sus promesas de consecución his-

tórica. El exilio es la plasmación del fracaso de dichas aspiraciones, testimonio de los efectos indeseables que traen consigo las narrativas políticas totalizantes. España será el primer campo de batalla de este choque de ideologías, que ensombrece a la Europa de la época, y los exiliados españoles los primeros en dar cuenta de este naufragio, del que no habrá de hacerse cargo Occidente hasta finalizada la II Guerra Mundial. Cabe congratularse en este sentido —afirma el impulsor del proyecto— de algo muchas veces lamentado por nuestra inteligencia oficial, de nuestra “inspiración en una obra filosófica como la de Krause en lugar de la de Hegel” (pg. 11); lo que nos habrá de proporcionar una base humanista con que tomar distancia crítica respecto a los mandatos de la dialéctica, que había dotado a los ideales políticos en la primera mitad de siglo de una determinación histórica deshumanizada, insensible al rastro de víctimas que deja por el camino.

Al estudio del pensamiento liberal español y su reflexión histórica están dedicados aquí los cuatro primeros textos (sobre Ortega, Ferrater, el institucionismo y Medina Echeverría), mientras los cinco últimos se interesan por la autocrítica realizadas desde el pensamiento socialista en sus diferentes perspectivas (Marín Civera, Prieto, Araquistáin, Sánchez Vázquez y García Bacca).

Jorge Novella (‘Ortega en su laberinto: liberal y expatriado’) será el encargado de romper el hielo con un texto dedicado a la cuestión del liberalismo de Ortega y comienza —es de agradecer— tomando distancia respecto de enfoques ya manidos de la misma cuestión. Y es que ha abundado en el debate español la pregunta sobre en qué medida es liberal Ortega, tomando como referencia para ello parámetros del presente. Novella empieza por advertir que para hablar del liberalismo español de los últimos dos siglos es preciso siempre “poner un adjetivo (doceañista, doctrinario, exaltado, conservador, armónico, radical, democrático, socialista, etc.)” (pg. 17); advertencia que debiera parecer ociosa si no hubiera sido tantas veces solapada por una concepción lineal y homogeneizante de la historia del liberalismo español. La biografía intelectual del propio Ortega representa una síntesis de estas transformaciones del sentido de lo liberal: concebido como justicia social en su juventud, conjugado en una crítica a la Restauración; formulado luego como una salvaguarda de la sociedad occidental, frente a la deriva particularista que supone la emergencia de las masas; y que más tarde se tornará en un retorno a un liberalismo de viejo cuño, restringido, aristocrático.

Ortega no siempre ha sido considerado un exiliado, al menos en sentido estricto, sobre todo una vez se ha consumado su retorno. Pero su apartamiento de la vida pública, su condición de pensador “errabundo” en una España entregada al nacional-catolicismo, lo dotarían de esa condición singular, de esa extrañeza inasimilable por el contexto político-social, reconocida como tal por los estudiantes antifranquistas en los homenajes que le profesan llegada la hora de su muerte.

Carlos Nieto ('Ferrater Mora un liberalismo de raíz ética') nos invita a recuperar el pensamiento político del pensador catalán, más allá de su conocida faceta como filósofo analítico y autor del más célebre diccionario de la disciplina. Para ello nos remite tanto a sus trabajos ensayísticos y colaboraciones en prensa, como a su obra narrativa, donde se plasmarían las preocupaciones éticas del autor, atravesando la vida de sus personajes. El género del ensayo haría de puente entre sus trabajos filosóficos y de novela—según el autor del texto—, tres registros discursivos diferentes pero comunes inquietudes de fondo, manteniendo en todo momento el rigor y la creatividad como rasgos característicos de su pensamiento.

A diferencia del texto anterior, donde se trataba de precisar los sentidos que el término liberal adquiriría en cada momento, en este caso la caracterización que se nos ofrece es la de un liberal en sentido "amplio", "libre", un liberalismo de sentido ético. Lo cual no impide realizar oportunas advertencias, que permiten contextualizar tanto histórica como políticamente dicha adhesión liberal por parte de Ferrater Mora. Un liberal preocupado por las querellas políticas del exilio y alieneado nítidamente con la posición anticomunista. Como tantos otros intelectuales europeos, serán los métodos de la URSS los que generen este rechazo, en su caso un rechazo ético, hacia ciertos sacrificios exigidos por el socialismo real. Las virtudes del liberalismo —para Ferrater—están asociadas precisamente a las garantías de protección que suponen para grupos minoritarios, como es el caso de las mujeres, hacia quienes profesa una solidaridad feminista en ensayos y novelas. El liberalismo de Ferrater estaría inspirado en las políticas del *New Deal* —sostiene Nieto—, aunque sean las tesis de la Guerra Fría las que emplazan al filósofo más reputado de nuestro exilio a tomar posición, responsabilidad que no elude.

Jorge de Hoyos ('La cultura institucionista en el exilio: la quiebra de un proyecto liberal') nos ofrece una visión novedosa de la cultura institucionista, en tanto no aparece tan estrechamente ligada a la causa republicana, que es la visión que se ha venido manteniendo desde el franquismo, como a un tipo singular de cultura liberal y humanista, que habrá de ser denostada por ambos bandos a partir de la Guerra Civil. Aunque muchos de los inspiradores de la causa republicana habían sido educados bajo dicha cultura o directamente en apéndices de la ILE, y aun compartiendo la crítica a la Restauración y al papel público de la Iglesia, muchos de los miembros de la Institución se sentirán inhibidos de la participación en la contienda. Resalta aquí por encima de todo el carácter pacifista y reformista de su proyecto, que no encuentra cabida en la deriva belicista de los tiempos y será motivo del apartamiento de muchos institucionistas, quienes optarán por refugiarse en el culto a sus iconos morales antes de dejarse arrastrar por la ola de radicalización política.

La guerra española es percibida por Joaquín Xirau como manifestación de una crisis de ámbito occidental, anticipando así las llamadas de postguerra en favor de la recuperación del humanismo. En sentido similar están dirigidas las críticas de Fernando de los Ríos hacia la cientifización y tecnologización del pensamiento, advirtiendo en la coyuntura una crisis moral. Sus iniciativas moralizantes encontrarán la oportunidad de reengancharse al curso de la historia al vislumbrarse la victoria aliada en la II Guerra Mundial y la posibilidad de instaurar en España una democracia liberal homologable a la de los países vencedores. Bajo este escenario tendrá lugar un encuentro de intelectuales españoles, que más allá de la tutela de los partidos, sumidos en sus propias querellas, buscará favorecer dicha posibilidad de reinstauración democrática. Sin embargo, como hoy sabemos, terminarán en expectativas frustradas, al chocar con la realidad de postguerra, cuando se imponen otros intereses geopolíticos, que permiten dar continuidad al régimen español y significan la derrota definitiva para los viejos anhelos institucionistas.

Juan Jesús Morales ('Democracia y liberalismo en el pensamiento de José Medina Echavarría') completa el escenario del exilio liberal con la recuperación de un autor no tan conocido como los anteriores. Medina Echavarría es un sociólogo de profesión, que encontrará en el exilio latinoamericano, primero en México, luego Puerto Rico y finalmente en Chile, el espacio para desarrollar su trabajo científico, fuertemente unido en su caso a un sólido compromiso con la democracia. Al igual que sucede con otros compañeros de viaje, como Ayala, para Medina el individuo debe ser considerado el centro de la vida en sociedad y la base moral de la democracia: "no existen fines del Estado superiores a los fines individuales" (pg. 100). El reto para la construcción de la democracia, y del que se hace cargo como científico social, es crear las condiciones económicas y culturales que involucren a los ciudadanos en el proyecto, conseguir "movilizar las energías vitales del individuo" (pg. 108).

Desde el momento que queda de manifiesto la imposibilidad de retornar, el estudio de la democracia se convierte en la tarea a la que consagra sus esfuerzos. En este sentido, las sociedades latinoamericanas ofrecen un desafío para la sociología clásica, "weberiana", por cuanto no presentan las condiciones de desarrollo económico que debían anticipar la llegada de las libertades políticas. Precisamente al final de su carrera habrá de enfrentarse a quienes tratan de imponer esta lógica por vía del autoritarismo, es decir, priorizar la tecnocracia económica a la representatividad democrática. Habrá de vivir dramáticamente la emergencia de las dictaduras en los '70, en particular la de Pinochet y en primera persona, pues suponen la asunción de una derrota para la democracia latinoamericana y la priorización en definitiva de intereses contrarios a la salvaguarda de las libertades de las personas.

Ricardo Tejada ('El posibilismo anarquista de Marín Civera o la búsqueda de una economía política para el hombre real') nos ofrece el valioso testimonio de otra figura poco conocida del exilio español y con la que se abre la serie sobre pensadores socialistas en sus diferentes sensibilidades y corrientes. La biografía de Marín Civera describe un tránsito intelectual y político desde el anarquismo a la opción por un modelo de democracia social. Simpatizante de las corrientes más posibilistas del partido, el "treintismo" de Ángel Pestaña, apostará por una labor sindical e intelectual integrada en el régimen republicano, abandonando la estrategia de la confrontación directa. "Somos revolucionarios, sí; pero no cultivadores del mito de la revolución. Queremos que el Capitalismo y el Estado, sea rojo, blanco o negro, desaparezca; pero no para suplantarlos por otro, sino para que hecha la revolución económica por la clase obrera pueda ésta impedir la restauración de todo poder" (pg. 125).

Entregado en su caso a la labor intelectual y editorial, Marín Civera colabora en revistas como *Cuadernos de Cultura*, *Orto* o *El Pueblo*. Nos deja testimonio del amargo poso del exilio y la derrota en su libro *Presencia del hombre*, haciendo extensiva su denuncia hacia "el mundo de la técnica", germen de una civilización industrial que supone una devastación de libertades y la integridad humana. No hay demasiado que esperar de las llamadas democracias representativas occidentales, como se pondrá en evidencia en las sucesivas deslealtades a la República. "No ha existido democracia hasta la fecha", pues ésta habrá de ser una democracia social, la democracia soñada una vez en España, que se había desviado virtuosamente del rumbo tomado por las sociedades modernas, pero reconducida a su cauce por medio de la violencia.

Antonio García Santesmases ('El socialismo español en el exilio: derrota, esperanza, frustración') toma como protagonista de su texto a Indalecio Prieto, en torno al cual gira la historia del partido socialista en el exilio; historia que va a dividir en tres momentos: derrota, esperanza y frustración. El primero de ellos viene marcado por los acontecimientos del final de la guerra y la herida suscitada a raíz del golpe de Casado, que fracciona el partido en leales y opositores al presidente Negrín. Prieto inicia aquí una reconstrucción del programa socialista, asumiendo de partida la debilidad del proyecto republicano y la necesidad de ampliar la base democrática por la derecha. La iniciativa de un referéndum sobre el modelo de estado responde a esta alianza con la monarquía, que da como resultado el Manifiesto de Lausana. Estas esperanzas habrán de verse finalmente truncadas no sólo por la rectificación de los monárquicos, sino por el abandono de las democracias occidentales, que dotan de reconocimiento a la dictadura. La Transición vendrá a dar voz de nuevo a la estrategia del "prietismo", pero olvidando que para Prieto la asunción de la

monárquica pasaba indefectiblemente por la celebración de un referéndum y que la Alianza atlántica había truncado su compromiso democrático al reconocer a la dictadura de Franco.

Paz Balibrea (‘Desde “la madriguera siempre cómoda de la revisión marxista”: reivindicación de *El pensamiento español contemporáneo* (1962) de Luis Araquistáin’) viene a reivindicar un texto de Araquistáin que habría sido injustamente tratado por el canon filosófico; algo extensible a buena parte de la literatura ensayística española, dicho sea de paso (una explicación plausible nos la ofrece Moreno Pestaña en *La norma de la filosofía*). Araquistáin abogaría expresamente por una filosofía alejada de lo especulativo y abstracto, interesada en “discutir no sobre verdades puras, sino sobre verdades históricas” (pg. 153). Este tipo de problematización histórica había interesado no sólo a la inteligencia española de comienzos de siglo, desde Unamuno a Ortega, sino a buena parte de la inteligencia europea, concernida por la crisis de modernidad y la deriva histórica de Occidente.

Las reflexiones históricas de Araquistáin deben ser también contextualizadas a propósito del devenir de este debate en la segunda parte del siglo y la experiencia, para él decisiva como exiliado, de la reconstrucción europea de postguerra. La cultura anglosajona representa en este sentido la modernidad, la reconducción por el sendero recto de la historia, como lo fue para otros exiliados del nazismo, caso de Popper y Arendt, quienes también denuncian conexiones del totalitarismo con la cultura política alemana. La empresa del socialismo español debería ser, como formulara el joven Ortega, hacer de Europa de nuevo el horizonte, conectar de nuevo con esa “corriente positiva de la historia” (pg. 162).

Pedro Ribas (‘Adolfo Sánchez Vázquez: filosofía y praxis’) nos retrata a un Sánchez Vázquez combatiente de la pluma y la inteligencia desde el exilio. Como tantos otros jóvenes se ven empujados no tanto por la teoría (“se leía poco a Marx” —dirá Claudín—), sino que es la experiencia real lo que inspira sus ideales y empuja su reflexión socialista. Así queda marcado en un marxismo no dogmático, no inspirado por la doctrina, sino por sucesivos episodios, como el “XX Congreso del PCUS, la revolución cubana y la invasión de Checoslovaquia” (pg. 171), que llevan a tomar distancia con el estalinismo y con los dirigentes del PCE en el exilio europeo. La función de la filosofía marxista para Sánchez Vázquez no es ponerse al servicio de una verdad absoluta y mucho menos de un aparato de partido, sino insertarse en la praxis y hacer aflorar los intereses, desplazar la ideología. El marxismo por tanto no es una empresa teórica, polemiza con Althusser, sino práctica, de contribución a la emancipación humana.

Sergio Sevilla (‘La presencia de Marx en la obra de García Bacca’) cierra esta magnífica compilación de textos con un análisis original y punzante sobre la obra

de García Bacca. Nos presenta una filosofía con vocación renovadora al hilo, en primer lugar, del pensamiento científico emergente. La nueva física, erigida sobre el principio de incertidumbre, requiere de una nueva metafísica que la acompañe, erigida sobre el principio de “creatividad”. Y esto habrá de tener también consecuencias para la filosofía práctica. En un mundo concebido como proyecto, en que lo existente no está determinado por la esencia sino expuesto a la transformación, cobra nueva importancia la filosofía de la historia —el marxismo para el autor—; “ordenar la emergencia de lo nuevo en planes, proyectos empresas, requeriría, a mi juicio, introducir una lógica de lo histórico que conectase las categorías de la física y la metafísica con las de la acción política” (pg. 184). Frente a otra clase de propuestas filosóficas de gran pujanza en ese momento, que sitúan en el ser humano una reserva contra cualquier tentativa de afirmación histórica, García Bacca nos recordaría la necesidad de un humanismo práctico, que se haga cargo del devenir temporal, de las condiciones de actuación de los individuos, y devuelva la posibilidad de formular una política, sin que esta signifique mero voluntarismo.

Múltiples y valiosos intentos, los que nos ofrece este libro, de reflexión sobre los ideales que movieron la historia del pasado siglo, liberalismo y socialismo. Sobre los valores que acompañaron en su viaje a los exiliados españoles y cómo su biografía contribuyó a forjarlos, a repensar los acontecimientos vividos y las expectativas de modernización frustradas con la guerra. Sólo cabe esperar que esta obra se vea completada con la recuperación de otros trabajos, otros autores (¿y por qué no?) de otras corrientes, lo que contribuiría no sólo a dignificar nuestra biblioteca filosófica, sino a enriquecer nuestra memoria democrática, algo que resulta de toda urgencia a la vista de lo que estamos hoy viviendo.

GUADALUPE ZAVALA